Sin ser consciente de cuánto tiempo había pasado despertó otra vez y comenzó a abrir los ojos de nuevo, poco a poco pudo ir enfocando la vista, todo era blanco, nunca había estado en un sitio como el que estaba descubriendo, había paredes y techo, sí, pero parecía salir luz de todas las superficies, ¡las paredes y el techo eran de luz!, eran como opales lisos, translúcidos y blancos, parecían uniformemente iluminados por detrás con la más pura luz blanca que jamás había visto. La luz no era muy fuerte, no tanto como le había parecido antes, ahora no le deslumbraba a pesar de haber permanecido tanto tiempo con los ojos cerrados, las esquinas y aristas que formaban las paredes entre sí y con el techo apenas se percibían, tampoco había sombras fuertes, los objetos más cercanos a los paramentos arrojaban una suavísima y difuminada sombra que se desvanecía a los pocos centímetros de distancia. Era algo muy parecido a como siempre se imaginó que sería el cielo, aunque probablemente esta imagen no era suya sino más bien adquirida de evocaciones de la cultura occidental en la que se había criado. No aguantó mucho tiempo despierto, todo aquello era muy extraño y le inquietaba, a pesar de lo cual volvió a dormirse.

Un pequeño ruido le despertó. Sobresaltado abrió los ojos y vio a un hombre y a una mujer, ambos vestidos de blanco, un blanco que casi les hacía ser invisibles ante el fondo blanco de la sala. Eran ambos de raza oriental, parecían chinos, japoneses o algo parecido, sin embargo tenían los rasgos un tanto diluidos, podríamos decir que occidentalizados. Todo esto estaba agobiando a Ethan, era como un sueño, no sabía qué estaba pasando, no sabía siquiera si estaba soñando o todo era real, a decir verdad ni siquiera se acordaba de la intervención, por lo que no comprendía por qué se encontraba allí, sin embargo, como le sucedía siempre, sí se acordaba de Kira.

Una de las personas de blanco se acercó hacia él y le dijo algo, «¿Nos hemos despertado ya, trozo de carne?», Ethan se quedó perplejo, no sabía si había entendido bien esas palabras, inmediatamente se dio cuenta de que el hombre le había hablado en Cantonés, lo había escuchado perfectamente y había reconocido el idioma por los sonidos y la entonación, pero lo más extraño era que ¡lo había entendido! Eso sólo podía ocurrir en un sueño…, esta idea le calmó un poco, dejó que continuaran los acontecimientos.

La mujer de blanco se acercó al paramento que estaba a la derecha de Ethan, con un extraño gesto y algo en la mano hizo que se abriera una forma rectangular en el centro de la pared, comenzó a entrar luz a medida que se abría el rectángulo, una luz algo más cálida que la que ofrecían los blancos paramentos de la sala, parecía una luz que provenía de la parte exterior. A la vez que crecía el rectángulo, iba disminuyendo la potencia de la iluminación blanca de los paramentos y en un momento pudo distinguir el azul del cielo tras el hueco rectangular que ahora había en la pared, era como una ventana sin marco y por ella entraba luz natural suficiente para iluminar toda la habitación, la sensación fue como si la habitación se llenara de vida. Todo parecía tan real y a la vez tan fantasmagórico.

Sin más, las dos personas de blanco se acercaron a la pared de su izquierda, en la que se abrió un hueco de una forma similar a como se abre una puerta corredera. Ethan intentó llamar su atención, pero no pudo articular palabra, ambos desaparecieron tras el hueco y este se cerró.

Perplejo, Ethan examinó todo lo que había en la sala, era todo muy parecido a lo que recordaba como una habitación de hospital, pero a su vez era muy distinto. Sobre su cabeza había una especie de panel blanco lleno de mandos e ideogramas chinos luminosos, también había cables y conexiones a las que él estaba enganchado como si fueran goteros, a los lados unas mesitas blancas con algún objeto que no pudo reconocer sobre ellas y en una esquina, en la parte cercana al techo, lo que parecía una cámara o un sensor. Comenzó a notar cierto cosquilleo que iba trasladándose de sitio en sitio por el interior de su cuerpo, no era doloroso, tampoco desagradable, pero sí provocaba una muy extraña sensación. No pudo aguantar mucho tiempo más, no sabía si era cansancio o estaba drogado, se durmió casi sin querer, sin darse cuenta.

Cuando volvió a abrir los ojos el rectángulo de la pared derecha había desaparecido, la habitación volvía a tener ese aspecto blanco frío, aséptico y uniforme. El hombre de blanco estaba realizando algunas operaciones en el cabecero y, al verle despierto, le habló: